

# En el quincuagésimo aniversario de *El principio esperanza* (lo permanente de Bloch)

Vicente Ramos Centeno

## Resumen

A los cincuenta años de *El Principio Esperanza*, y a pesar de que Bloch se situó a sí mismo en una opción política e ideológica hoy arrumbada por la historia, hay cosas esenciales en su pensamiento que lo hacen un autor inolvidable. Su rechazo del nihilismo y de la trivialidad, su amor al hombre y a su historia, su capacidad para ver la verdad presente en la obra del hombre, en el arte, en la filosofía, en la religión, en todos sus sueños de humanidad, le hacen imprescindible cuando tenemos que recuperar el orgullo de ser humanos.

## Abstract

Fifty years after *The Principle of Hope*, and despite Bloch situated himself in a political and ideological option nowadays stored by history, there are essential things in his thought that make him an unforgettable author. His rejection of nihilism and of triviality, his devotion to mankind and his history, his capacity to see the truth present in man's work, in art, in philosophy, in religion, in all of his dreams of humanity, make him indispensable when we have to recover the pride of being humans

Ernst Bloch, que había emigrado a los Estados Unidos de Norteamérica durante los años de la barbarie nazi, volvió a Europa en 1949, estableciéndose en la República Democrática Alemana, donde se le había ofrecido una cátedra en la Universidad de Leipzig. Su estancia en Norteamérica, a pesar de los inconvenientes de la emigración, había resultado bien fructífera para el crecimiento de su pensamiento. Además de otros muy importantes trabajos, Bloch traía entre sus escritos el original de lo que iba a ser, en palabras de Gómez-Heras, «la réplica adecuada» a *El ser y el tiempo* de Heidegger<sup>1</sup>: *El Principio Esperanza*. Esta obra, cuyo primer tomo se publicó en 1954, ha sido reconocida por todos los conocedores de Bloch como

<sup>1</sup> Cf. GÓMEZ-HERAS, J. M<sup>º</sup>. G., *Sociedad y utopía en Ernst Bloch*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1977, pág. 27.

su obra más importante, a pesar de otros títulos tan significativos, y por mí especialmente queridos, como *Sujeto-Objeto*, *Derecho natural y dignidad humana* o *El ateísmo en el cristianismo*<sup>2</sup>.

Pero el pensamiento de Bloch, y su obra fundamental, por tanto, no dejan de plantearnos hoy, muy especialmente hoy, problemas muy serios. Porque resulta que Bloch quiso ligar su obra toda al destino del socialismo. Desde su juventud, como su amigo Lukács y tantos otros, apostó por razones morales por el socialismo. Fue uno de esos hombres que en aquella época creyeron sinceramente en la alternativa «socialismo o barbarie». Su misma opción por la República Democrática Alemana vino dada por esta idea suya, quiso colaborar en la construcción de un Estado socialista alemán, cosa que no harían Adorno y Horkheimer, por ejemplo. Es verdad que no tardó en darse cuenta de lo que aquello iba siendo y pronto comenzó también a tratar de marcar en sus clases distancias con la doctrina oficial del régimen, como nos ha recordado Peter Zudeick<sup>3</sup>. El régimen le pagó como era de esperar, a partir de la publicación del primer tomo de *El Principio Esperanza* tuvo problemas muy importantes para seguir publicando su obra, más tarde se le prohibió enseñar, se le obligó a la jubilación y sus discípulos fueron perseguidos y encarcelados; finalmente, a raíz de la construcción del muro, hubo de optar por un nuevo exilio. Pero, incluso entonces, Bloch siguió siendo fiel a su opción por el socialismo y su crítica del capitalismo occidental no cesó hasta el día de su muerte. Es verdad que en sus obras finales no encontramos ya esas alabanzas a la Unión Soviética que podemos encontrar en *El Principio Esperanza*, y que tanto chirrían en un autor tantas veces tan humano, pero su defensa del socialismo y su autoubicación dentro del pensamiento marxista permanecieron invariables hasta el final de su vida.

¿Qué podemos, pues, decir hoy, cuando tantos derrumbamientos no han dado paso a un futuro de más esperanza, sino que de golpe nos ha alcanzado una barbarie inesperada? ¿Qué podemos decir nosotros, españoles, que hace casi treinta años comenzamos a leer a Bloch con toda ilusión, a raíz de la aparición de la traducción de *El Principio Esperanza* y de monografías como la citada de Gómez-

<sup>2</sup> Hay que agradecer a la editorial Trotta que, en este quincuagésimo aniversario, haya reeditado, al cuidado de Francisco Serra y en la traducción de Felipe González Vicén, el tomo primero de *El Principio Esperanza*. Es de esperar que pronto salga la reedición de los tomos segundo y tercero.

<sup>3</sup> Cf. ZUDEICK, P., *Der Hintern des Teufels. Ernst Bloch - Leben und Werk*, Elster Verlag, Moos & Baden-Baden, 1987, pág. 190. Trad. cast. de Josep Monter: *Ernst Bloch. Vida y obra*, Ed. Alfons el Magnànim, Valencia, 1992, pág. 188.

Heras? Porque el mundo ha cambiado mucho desde aquellos años, y no en el sentido que Bloch esperara. Cuando hace más de veinte años yo mismo me dedicaba a estudiar concienzudamente a Bloch, eran los años en que parecía atisbarse la posibilidad de la transformación democrática de los países del Este, con el consiguiente impulso para un socialismo democrático en el Occidente capitalista. Yo redacté mi tesis doctoral sobre Bloch, que más tarde conseguiría publicar en una colección de ensayo<sup>4</sup>, en los años de Gorbachov. Eran años de esperanza en un futuro mejor y más justo, la posibilidad de un socialismo democrático aparecía a la vista, los viejos enfrentamientos de la izquierda con la religión parecían superados. Es verdad que la izquierda entonces gobernante en España mostraba signos inquietantes de nihilismo, en su empeño creciente en destrozarse, so capa de progresismo, el sistema de enseñanza vigente en la época de la UCD, en su incapacidad para acabar de revisar su clásico anticristianismo (que no simple anticlericalismo), en su afán por falsificar la historia y en su prisa constante por apuntarse a cualquier barbarie o cualquier zafiedad que se consideraran progresistas. Pero creíamos que esos límites, también presentes, aunque en algunos aspectos menos, en la izquierda no gobernante, se superarían con el tiempo, y que esas rémoras de la izquierda estaban ya superadas por el movimiento del espíritu, por decirlo con términos hegelianos.

Llegó entonces el importantísimo 1989 y cayó el muro de Berlín. Este hecho liberador no dejó de crear incertidumbre, pero muchos lo vimos como que la historia se había puesto de nuevo en marcha y recordamos una frase de Bloch: «El mundo está hecho de una materia ígnea, lleno de fuerzas contradictorias, es eruptivo como la primavera»<sup>5</sup>. Mas tampoco ahora las cosas discurrieron como ingenuamente habíamos pensado: las dificultades para transformar las antiguas repúblicas soviéticas en verdaderas democracias, la corrupción instalada en diversos países del Este de Europa, la evaporación en estos países de cualquier idea de socialismo, la barbarie china, la brutalidad cubana, la corrupción y la degradación ideológica de la izquierda europea (y especialmente de la española), la barbarie islamista, todo

<sup>4</sup> Cf. RAMOS CENTENO, V., *Utopía y razón práctica en Ernst Bloch*, prólogo de Javier Muguerza, Ed. Endymión, Madrid, 1992.

<sup>5</sup> BLOCH, E., *Subjekt-Objekt. Erläuterungen zu Hegel*, Gesamtausgabe 8, Suhrkamp Verlag, Frankfurt, 1977, pág. 123. Trad. cast. de W. Rocas, J. M<sup>º</sup>. Ripalda, G. Hirata y J. Pérez Corral: *Sujeto-Objeto (El pensamiento de Hegel)*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1983, pág. 118.

ello hizo que el socialismo con el que soñaba Bloch, como elemento esencial de su idea de *utopía*, desapareciera del mundo como posibilidad real. Y así nos encontramos de pronto con algo totalmente inesperado por tantos pensadores que en el terrible siglo XX habían apostado por un futuro humano superador del capitalismo.

En efecto, el mundo que se nos ha presentado, a pesar de algunos signos positivos (es bueno ver a Polonia en la UE, por ejemplo), presenta también horriblos signos de barbarie que hacen muy difíciles pensamientos optimistas como el de Ernst Bloch. Hay tres cosas que considero que no pueden olvidarse, si es que queremos decir ahora algo con sentido y si pretendemos ver el valor que puede aún tener un autor como Bloch, que ni por casualidad hubiera pensado en un mundo como el nuestro:

a) El 11 de Septiembre y nuestro 11 de Marzo han existido. Primero ocurrió el 11 de Septiembre, y nos enseñó muchas cosas. No podemos olvidar la aparición de esta barbarie inesperada, que mostró también la cantidad de odio que había a lo mejor de nuestra cultura (no a lo peor) en muchos de los llamados progresistas occidentales, tanto intelectuales como políticos. Más de un profesor, o supuesto profesor, sé que se alegró por lo ocurrido. Y mucha otra canalla, supuestamente humanista, mostró su rostro verdadero. Cada cual empezó entonces a ponerse en su sitio, y para nuestra desolación pudimos ver que el sitio de muchos viejos progresistas era el sitio de Garaudy. Y de todo lo que vino después sólo quiero mencionar nuestro 11 de Marzo: los asesinatos han dicho por qué y para quién trabajaron. ¡Qué horror!

b) Ha reaparecido el antisemitismo más sucio. La llamada segunda intifada y la aparición del terrorismo suicida palestino han mostrado de nuevo lo fértiles que son las entrañas de la bestia, y cómo los antisemitas pululan como setas entre la izquierda y entre toda la muchedumbre de *progres* en general, sean profesores, periodistas, artistas, escritores, políticos o de otras muchas profesiones. Es verdad que los «hombres tristes» (como les llama Jiménez Lozano) siempre se caracterizaron por su odio antisemita. Sospecho que esto tiene algo que ver, como ha visto George Steiner, con lo que Unamuno llamaba el odio antiteológico, es decir, con el odio a la noción misma de Dios, del que derivaría con toda lógica el odio al pueblo por el que supimos de Dios. Pero ahora han perdido la vergüenza, se creen justificados, ya no recuerdan a qué llevaron estas barbaries en el siglo XX, y a falta de otros proyectos (se han hundido tantas cosas) hacer daño a Israel (como pueblo o como Estado, les da igual) es algo que les enciende la pasión.

c) El socialismo ha desaparecido como posibilidad real, se ha in-

validado como ideal deseable y posible. Lo que queda de la izquierda no son sino máquinas de propaganda, animadas por una abismal voluntad de nada y de muerte, donde el odio a la vida y a todo lo que signifique belleza, verdad y humanidad, y no digamos religión, es predicado desde las tribunas de los Parlamentos a las columnas de los periódicos. La izquierda hoy reinante, con el poder político y con el intelectual, no es sino populismo zafio, odio a la excelencia, banalidad, resentimiento pseudoigualitario, ideología de hombres masa. Muchos antiguos honrados luchadores por una sociedad socialista han visto, como César Alonso de los Ríos (ABC, 23-X-04), que, habiendo desaparecido el llamado *socialismo real*, a cuya sombra vivió la socialdemocracia europea, ésta «ahora milita en la impostura».

En efecto, la caída del muro ha dejado también vacía a la socialdemocracia. Ante el mundo actual no tiene nada que ofrecer. Como me dijo un político del PSOE, antiguo Presidente de una comunidad autónoma: la economía es una cosa muy seria, es cosa de ciencia y de científicos. Es decir, los socialistas en eso no tienen nada que decir. Por eso se dedican a la *cultura*: destrozar la enseñanza, falsear la historia, imponer éticas irracionales, atacar a la religión cristiana, flirtear con el islam, ¡precisamente ahora! La izquierda europea, y la española ofrece un aspecto aún más penoso, parece que no es ya más que puro nihilismo, resultado del viejo estalinismo mezclado con la peor lectura posible de Nietzsche y sus herencias.

Quiero fijarme más en estas dos cosas: el destrozo de la educación y el odio anticristiano de esta izquierda decadente. Nuestra izquierda ha perpetrado uno de los mayores males que le puedan ocurrir a una sociedad: el arrasamiento del espíritu de toda una generación. Que nuestros países europeos (y más el nuestro) no acaben de tomar conciencia de lo que ha ocurrido con la enseñanza en las últimas décadas es uno de los signos negativos más importantes que se presentan en nuestro horizonte. Y en cuanto al anticristianismo, es una de las cosas menos perdonables. Con mi estudio de Bloch creo que de esto algo sé. Es más, desde hace más de treinta años me interesé por el asunto de la relación entre el pensamiento de la izquierda y la religión. Yo fui uno de éstos que dice González de Cardedal cuando afirma: «Hasta 1989 Europa se preparaba para una sociedad socialista y para una humanidad donde Marx sería el que daría que pensar, que hacer y que esperar»<sup>6</sup>. Conocí el pensamiento de Feuerbach, las ideas de Marx sobre la

<sup>6</sup> GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., *La entraña del cristianismo*, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1998, 2ª edición, pág. 304.

religión, las de Kaustky, las de Korsch, las de Gramsci, las de Lukács, las de los frankfurtianos, hasta las de Althusser y el Garaudy de entonces. Finalmente estudié a fondo a Bloch y encontré en él, a pesar de su ateísmo mantenido, mucha luz para entender el cristianismo que yo amaba. Pues bien, veo que esta sedicente izquierda que hoy domina el mundo intelectual, y que en algunos países tiene el poder político, no sabe nada de esto. Es primariamente anticristiana y puede que Freud tuviera con ella bastante trabajo para explicar tanto trauma.

Sin embargo, a pesar de todo esto, creo que hay cosas permanentes en Bloch que no podemos olvidar, aunque se inscribiese a sí mismo en una línea de pensamiento cuyo destino histórico nada iba a tener que ver con lo que él había esperado. Hay que decir, por supuesto, que la izquierda de hoy ya no se acuerda de Bloch y, aunque quisiera, nada podría remitir a él de su miseria de pensamiento. Por otro lado, debe hacernos pensar el hecho de que apenas hay un libro de teología actual (sea de la tendencia teológica que sea) que no cite con más o menos frecuencia a Ernst Bloch. Y es que Bloch es un pensador que apostó por el hombre, que quiso comprender sus anhelos, que amó todas las formas en que su espíritu florece (muy especialmente el arte, la filosofía y la religión), que defendió la razón y la obra del hombre en la historia, que atisbó un futuro humano (aunque lo puso donde no iba a estar), que incluso atisbó algo también, confusamente, con miedo, con inconsecuencias, de un posible futuro absoluto.

Bloch es una autor en el que hay muchas cosas inolvidables, si es que queremos defender un futuro a la medida del hombre más allá de la actual barbarie. En primer lugar, ya no cabe olvidar que los problemas del hombre han de pensarse desde la perspectiva de la esperanza. Bloch fue capaz de pensar la realidad viéndola como fundada en un principio: la esperanza. Y este principio no es un mero deseo, sino el fundamento mismo de lo real, que se manifiesta claramente en el obra del hombre y hasta está, según cree, también manifestado de algún modo en la naturaleza. Todo apunta, según Bloch, a un futuro mejor, pleno, real, colmado, siempre que el hombre sepa quién es él mismo, conozca la realidad y no haga dejación de su responsabilidad.

Es la obra del hombre, sobre todo, la que está llena de futuro. Contra tanto espíritu enfermo contemporáneo, Bloch no ve sólo en negro la historia, ni la historia en general ni la historia de Occidente. Por eso es tan agradecido con Hegel. Su visión de la historia como presencia de la razón le lleva a defender todo lo bueno y lo bello de la obra del hombre, a pesar del sufrimiento y de la injusticia que también caracterizan a la historia. Sin ser ningún progresista inge-

En el quincuagésimo aniversario de *El principio esperanza* (lo permanente de Bloch)

nuo, no se conforma con *amor fati* alguno ni se instala, a pesar de su ateísmo, complacientemente en la muerte de Dios. Muchos pensadores del XX se instalaron en la muerte de Dios; Bloch, aunque no tuvo fe, no quiso instalarse ahí, sino que luchó por descifrar el núcleo racional de los símbolos religiosos, la verdad de que hablaba ese lenguaje. Bloch defiende al hombre, su historia, su lenguaje polirrítmico en la búsqueda del bien y de la verdad.

Por eso niega la carencia de sentido de la historia que tantos pensadores del XX han afirmado. Bloch no ve la historia con los ojos del progresismo ingenuo ni del progresismo filisteo. Pero tampoco afirma el total sinsentido, ni dice eso tan aceptado hoy del pasado como cúmulo de «errores y equivocaciones»<sup>7</sup>. No ve la historia al modo de Nietzsche ni de sus desventurados hijos. Nuestra historia no es para él la historia de una decadencia, sino la de un constante crecimiento del espíritu que nos afirma un futuro humano posible, incluso la posibilidad de decir algo frente al último enemigo.

Pero todo esto no puede desvincularse en Bloch, como he dicho, de su preocupación por el sufrimiento de los hombres, sobre todo de los pequeños, por los problemas de la justicia y de la dignidad, y por el sueño humano de la felicidad. Porque no hay que olvidar que todo lo que dice Bloch está dentro de una filosofía que una y otra vez afirma el «primado de la razón práctica», del que dice que pertenece a la lógica misma de la filosofía<sup>8</sup>. Es decir, la filosofía tiene una tarea no sólo de conocimiento, sino de contribución a la construcción de un mundo humano, que no puede ser real sin el trabajo del hombre: «Denken heisst Überschreiten» («Pensar significa traspasar») <sup>9</sup>.

En definitiva, en Bloch hay amor a lo humano. Bloch ama al hombre, se preocupa de su sufrimiento, de su dignidad, de su hambre de felicidad y de sentido, de su muerte (la muerte es la más grande antiutopía, dice), de sus símbolos, de sus esperanzas, no quiere aceptar que su historia no sea otra cosa que «un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y furia». Bloch ama, así, lo grande, incluso lo excelso, rechaza el regodeo en lo negativo y cualquier forma de *amor fati*. Después de Auschwitz y el Gulag, Bloch nos enseñó a leer de nuevo

<sup>7</sup> Cf. ORTEGA Y GASSET, J., *¿Qué es filosofía?*, Revista de Occidente, Madrid, 1976, 9ª edición, pág. 28.

<sup>8</sup> Cf. BLOCH, E., *Tübinger Einleitung in die Philosophie*, Gesamtausgabe 13, Suhrkamp Verlag, Frankfurt, 1977, pág. 114.

<sup>9</sup> Cf. BLOCH, E., *Das Prinzip Hoffnung*, Gesamtausgabe 5, Suhrkamp Verlag, Frankfurt, 1977, págs. 2 y 3. Trad. cast de Felipe González Vicén: *El Principio Esperanza*, Aguilar, Madrid, 1977, tomo I, págs. XII y XIV.

con esperanza la historia del hombre y sus sueños, no quiso de ningún modo darle la razón a los asesinos, no aceptó el *nihilismo*. Muchas páginas de su obra afirman explícitamente la necesidad de vencer al nihilismo y de no caer en la trivialidad y en la banalidad. Su filosofía es una filosofía expresamente «contra Nihilismus»<sup>10</sup>.

Y en esa lucha contra la trivialidad y el nihilismo, crea Bloch el hermoso concepto de *herencia cultural*, otro de sus conceptos centrales. Con él, y aun mirando siempre hacia adelante, hacia la utopía posible, que no se resume en la utopía política, aunque el socialismo sea etapa fundamental en su búsqueda; con él, digo, Bloch va a pensar la historia de forma luminosa, como presencia de la razón y desarrollo del espíritu. Por eso yo mismo me he atrevido a decir que «es más importante Bloch por cómo supo ver el pasado que por cómo pensó que iba a ser el futuro»<sup>11</sup>. Y es que él no cree que podamos construir el futuro sobre el arrasamiento del pasado, sino que piensa que hemos de construirlo sobre su herencia, sobre la herencia de lo mejor de nuestra tradición. En el arte, en la religión, en la filosofía, y en todo lo que es la obra del hombre, apuntan rasgos de lo humano que nos muestran el camino hacia el desvelamiento de nuestro auténtico rostro.

Y a propósito de todo esto, dados los tiempos que corren quiero llamar la atención especialmente sobre esa defensa blochiana de la necesidad de heredar el contenido utópico de los símbolos religiosos<sup>12</sup>. Como dije arriba, al lado de Bloch nuestra izquierda actual es también en estas cosas, y muy especialmente en estas cosas, de un nivel menos que mezquino. En él aún quedan límites que han sido muchas veces criticados, pero fue, sin embargo, mucho más allá que otros en su crítica de la tozudez de la izquierda a propósito de la religión. Para Bloch la religión encierra el secreto del hombre, su misterio, «la religión está llena de utopía y la utopía es enteramente su porción más central, la omega del 'pueblo libre en un fundamento libre'»<sup>13</sup>. También en este

<sup>10</sup> Cf. BLOCH, E., *Experimentum mundi*, Gesamtausgabe, 15, Suhrkamp Verlag, Frankfurt, 1977, pág. 248.

<sup>11</sup> RAMOS CENTENO, V., *Ernst Bloch (1885-1977)*, Ediciones del Orto, Madrid, 1999, pág. 58. Cf. también UREÑA PASTOR, M., *Ernst Bloch. ¿Un futuro sin Dios?*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1986, pág. 571.

<sup>12</sup> Cf. RAMOS CENTENO, V., *Utopía y razón práctica en Ernst Bloch*, o.c., pág. 173, ss.

<sup>13</sup> BLOCH, E., *Atheismus im Christentum. Zur Religion des Exodus und des Reichs*, Gesamtausgabe 14, Suhrkamp Verlag, Frankfurt, pág. 303. Trad. cast. de J. A. Gimbernat: *El ateísmo en el cristianismo. La religión del éxodo y el Reino*, Ed. Taurus, Madrid, 1983, pág. 219.

asunto Bloch analiza con simpatía toda la historia humana y nos muestra las formas cada vez más ricas en que el espíritu se ha ido plasmando en las diversas religiones. Pero entre todas ellas Bloch prefiere, sin dudar, las procedentes de la raíz bíblica y muy especialmente el cristianismo. Sin duda, y debe volver a recordarse, tampoco faltan en él a veces juicios injustos, ganas de no aparecer al lado de los creyentes, interpretaciones inasimilables de pasajes bíblicos, insultos inmerecidos y demasiado en consonancia con la cultura atea políticamente correcta de nuestro mundo totalitario. Pero también encontramos en su obra el reconocimiento de que la esperanza vino al mundo por la Biblia, de que nuestra conciencia histórica y nuestro anhelo del *novum* vienen de ahí, de que el impulso de Cristo puso en marcha la historia, de que el cristianismo es altivez y voluntad de no dejarse tratar como ganado. En Bloch hay verdadera simpatía, como mínimo, por la figura de Cristo, aunque no crea en Él como Dios hecho hombre, hay también una visión positiva de la historia cristiana, aunque muchas veces vea más sus defectos que los que tenía al lado en las realidades de su tiempo; hay, en fin, un reconocimiento (¡ojo!, que no parecen saberlo los actuales políticos europeos) de que sin esta herencia no podemos construir un futuro humano, porque los hombres, dice, «pueden querer ser hermanos sin creer en el padre, pero no pueden convertirse en hermanos sin creer en aquellos contenidos y dimensiones nada triviales en absoluto, que van pensados religiosamente por la idea del reino»<sup>14</sup>.

Por supuesto que Bloch interpreta la religión en un línea que viene de Feuerbach, niega claramente la existencia de Dios y trata de extraer el núcleo racional y humanista que encuentra en la religión, para tomarlo como herencia fundamental de su proyecto utópico de futuro. No hay que pensar, sin embargo, como alguna vez se ha hecho, que Bloch no considere la religión más que como una forma inmadura de expresar la esperanza en el socialismo. En primer lugar porque, como se ha dicho, él refiere la religión a la utopía, y la utopía no se agota, ni mucho menos, en la utopía política y tampoco en el socialismo. Pero contra tantos reduccionismos actuales, muchas veces presentes incluso en las obras de teólogos muy conocidos, Bloch advierte que «el cristianismo no es sólo un clamor contra la miseria, es (también) un clamor contra la muerte y el vacío»<sup>15</sup>. Por eso los arquetipos resurrección y apocalipsis son también nuestra herencia<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> BLOCH, E., *Das Prinzip Hoffnung*, o.c., pág. 1510. Trad. cast. III, 295.

<sup>15</sup> BLOCH, E., *Ib.*, pág. 582. Trad. cast. II, 65.

<sup>16</sup> Cf. RAMOS CENTENO, V., *Utopía y razón práctica en Ernst Bloch*, o.c., pág. 209.

Nada tiene de extraño que, con estos presupuestos, Bloch sea ahora mismo un autor estimado por los teólogos. Y creo que ello es sobre todo porque no caben teología ni religión en un entendimiento nihilista de la historia. Bloch nos enseñó en el XX a ver la historia con ojos limpios, desde la perspectiva de la esperanza, no regodeándose en lo negativo, sin ese «odio a los padres»<sup>17</sup> que caracteriza al mundo miserable en que vivimos. Y todo ello en un pensador en el que la preocupación por el sufrimiento de los hombres fue el motivo primero de su pensamiento, en el que, como ha visto Muguerza, hay un verdadero «énfasis ético»<sup>18</sup> que determina todo el desarrollo de su obra.

Hay en Bloch, por tanto, cosas que permanecen, que van mucho más allá de la opción ideológica y política en la que él mismo se situó. Por ejemplo, en la filosofía de la religión, como he dicho, y a pesar de sus límites, Bloch parece como si hubiera querido despacharse contra toda la vulgaridad del mundo contemporáneo. Debemos estarle siempre agradecidos. Aunque, aparte de su intención, su ontología y su filosofía de la naturaleza tengan muchas cosas cuestionables, si la tarea planetaria es hoy salir del nihilismo y vencer la barbarie, Bloch es sin duda un autor que no podemos olvidar. Puede sernos muy interesante para la crítica de nuestro mundo inhumano, donde «siguen vivos los malvados, envejecen y acrecientan su fortuna» (Job 21, 7), y también para la crítica de una izquierda envejecida, decadente, banal, amiga de las realidades más bárbaras de nuestro mundo y que ha vuelto a sus peores vicios en su visión mostrenca de la religión y de la historia de la cultura. Hay que seguir leyendo a Bloch para desenmascarar una izquierda que, contra la idea de Marx de que había que romper la cadena y recoger las flores vivas que la adornaban<sup>19</sup>, lo que ha hecho y continúa haciendo es quitar las flores para que los hombres soporten las cadenas sin consuelo ni esperanza algunos.

Y por supuesto que hay que revisar muchas cosas en Bloch. Aparte de los límites de su ontología y de su filosofía de la naturaleza, no es comprensible, no resulta racional, incluso desde dentro del conjunto de su pensamiento, el empeñamiento en dejar cerrada la cuestión de Dios. Como he dicho muchas veces, Bloch no se atreve a dar el paso

<sup>17</sup> Cf. JIMÉNEZ LOZANO, J., *Los cuadernos de letra pequeña*, Ed. Pre-Textos, Valencia, 2003, pág. 20.

<sup>18</sup> Cf. MUGUERZA, J., *Desde la perplejidad*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1990, pág. 453.

<sup>19</sup> Cf. MARX, K., *Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie. Einleitung*, en MARX-ENGELS, *Werke*, Band 1, Dietz Verlag, Berlin, 1978, pág. 379.

definitivo de admitir la religión *como religión*; el mantenimiento dogmático del ateísmo muestra un límite de su pensamiento que sólo puede explicarse por las circunstancias que hubo de vivir. Por otro lado, hoy vemos nítidamente que cuando pensamos el problema de la utopía hay que dejar más claro de lo que quedó en Bloch que los problemas de la construcción de la ciudad terrena no se identifican con los problemas de la esperanza del Reino de Dios. La ciudad terrena tiene una importancia fundamental, también en el camino hacia el Reino de Dios, y la constante generación de historia del cristianismo más auténtico siempre lo ha mostrado así, pero la utopía intramundana de una sociedad de justicia y hombres libres no es la utopía absoluta del Reino de Dios que vence incluso a la muerte. Más aún: Bloch defiende un humanismo ateo, la historia ha mostrado que ese humanismo ateo ya no cabe. Al desaparecer el socialismo con el que Bloch soñaba como *posibilidad real*, el ateísmo ontológico que no es ateísmo ético que Bloch defendía ha desaparecido también. Por el lado del ateísmo ya no hay humanismo posible, como muestra la realidad de nuestro momento terrible. Hay que reconocer que en esto la historia le dio la razón a Nietzsche y no a Bloch: la muerte de Dios conlleva la muerte del hombre. Esto debiera hacer reflexionar a los pensadores (filósofos o teólogos) que no quieren instalarse en la muerte de Dios. Son ellos los que deben heredar todo lo bueno que pueda haber en pensamientos críticos como el de Bloch, o el de los frankfurtianos, por ejemplo, que no se conformaron con lo malo de este mundo, y que tampoco despreciaron al hombre, ni su historia, ni sus sueños más sublimes, y que, sin embargo, pagaron también su canon al tiempo terrible que les tocó vivir. Si los que rechazan la instalación en la muerte de Dios no los heredan, si no heredan todo lo que en ellos pueda haber de verdad, tales pensamientos se perderán. En lo que hoy se llama la izquierda de todo esto no queda ni la caricatura.

En definitiva, el Bloch, pues, que sigue interesando es ése que es perfectamente separable de una opción política concreta, hoy ya arruinada, el Bloch que rechaza el nihilismo y la trivialidad, el que ama al hombre y valora lo humano, el que ve las *huellas* de la *verdad* del hombre en todo lo auténtico que ha construido en la historia. Hay sin duda necesidad de matizar y corregir muchas cosas en Bloch. Pero este pensador que sabe ver en el arte la verdad apuntada, en la religión el núcleo del *humanum*, en la gran filosofía la rosada aurora de nuevos días, en toda la historia del hombre la presencia de la razón, no puede ser olvidado.

Hoy necesitamos pensadores que recojan la herencia de todo lo bueno y hermoso de nuestra historia, también del pensamiento mo-

dermo y contemporáneo, autores que nos enseñen a ver con ojos limpios la realidad y que nos ayuden a sentirnos de nuevo orgullosos de nuestra humanidad. Bloch, un hombre conmovido por el dolor humano y seducido por la grandeza de la obra del hombre, es un autor de valor perenne en su pensamiento más esencial. Sin duda la utopía hay que concebirla hoy de modo que no pueda identificarse con ninguna propuesta arrumbada por la historia y manchada por el crimen. La utopía hoy hay que concebirla como «el anhelo de más humanidad por amor a la humanidad ya encontrada»<sup>20</sup>. Pero eso precisamente quiere decir que tampoco ahora podemos contentarnos con el arrasamiento del hombre, con el desprecio de su espíritu (arte, filosofía, religión), con la injusticia y la deshumanización. Los defensores del hombre y los cristianos deben ver que Bloch es uno de esos autores que pueden ayudarles a no conformarse con la muerte de Dios y con la consiguiente muerte del hombre, y empujarlos a la tarea necesaria de construir un nuevo pensamiento que no acepta la instalación en la muerte de Dios del nihilismo actual. Que el cristianismo, repito de nuevo con Bloch, es altivez y voluntad de no dejarse tratar como ganado. Como dice Francisco Serra, «la obra de Bloch, leída hoy, nos sigue hablando en el lenguaje de las cosas que nos conmueven, porque nos afectan en nuestro ser esencial»<sup>21</sup>.

*Diciembre 2004*

Vicente Ramos Centeno  
IES Emperatriz María de Austria  
(Madrid)

<sup>20</sup> RAMOS CENTENO, V., *Razón, historia y verdad*, Ed. Encuentro, Madrid, 2000, pág. 110.

<sup>21</sup> SERRA, F., «La actualidad de Ernst Bloch», prólogo a la edición española de BLOCH, E., *El Principio Esperanza (1)*, trad. de Felipe González Vicén, Ed. Trotta, Madrid, 2004, pág. 11.